

El triunfo de una operación

Concierto de los chicos de *Operación Triunfo* en el *Santiago Bernabeu*. Decenas de miles de personas entregadas en cuerpo y alma a la etérea alma de la música y a la voluntad de sus protagonistas. Juan, uno de los cantantes, se despide emocionado del público con una rosa roja en la mano, pero antes, dice, quiere que suba una *muchachita* que ha estado llorando y llorando durante todo el concierto. Las cámaras de televisión nos descubren entonces a una joven, casi adolescente, que tan asustada como incrédula mira a quien la llama y que enseguida es elevada sobre la valla de protección por un par de atléticos colaboradores. La muchacha lleva en la mano la fotografía de Bustamante y a él se abraza nada más llegar al escenario, seguramente más como un creyente se abrazaría a su Dios en el otro mundo que como una enamorada se abraza a su amado. Los 16 artistas empiezan a cantar *Mi música es tu voz*, auténtico himno del programa y del fenómeno social que ha generado, y la muchacha va recibiendo del todo anonadada los besos de cada uno de los protagonistas hasta que se queda junto a Bustamante, con quien consume, sin dejar de llorar, el resto de la canción. Inmediatamente después, cuando se acaba la canción y con ella el concierto, los 16 artistas saludan al público y podemos observar que ya no está la *muchachita*, que ha debido ser urgida a retirarse, quizá por los mismos colaboradores que con tanta premura la llevaron hasta allí.

Uno tiene entonces la sospecha de que en todos los conciertos suben a una joven asustada y llorosa al escenario. La verdad es que el gesto llega bien al corazón del público, y no sólo porque se ve enseguida que a esa muchacha no se le olvidará nunca aquel momento, ni porque, en medio del éxtasis colectivo, uno siente que a ella el recuerdo de tan inesperada y enorme satisfacción puede servirle de apoyo para borrar en el futuro amarguras y fracasos, sino, además, porque la muchacha representa a todos (sobre todo a todas) los que forman ese público absolutamente entregado.

Y esa sospecha me asusta. Sobre todo porque me caen bien estos chicos de *Operación Triunfo*. El pequeño montaje con el que le dan el alegrón de su vida a

esta muchacha no es sino una parte más de un montaje enorme que los ha tenido en el candelero durante meses y quiere tenerlos en el candelero hasta ya no den más de sí. ¿Qué pasará entonces? Hasta su competidor, el talentoso y desgraciadamente convertido al dios del consumo fácil y grosero, Javier Sardá, manda a Boris Izaguirre a que haga sus patochadas delante de los muchachos para aprovechar su tirón popular y ganar audiencia o, directamente, los lleva al programa, todo ello con el beneplácito de productoras y discográficas, que, como TVE, quieren sacarle a esto el máximo rendimiento en el plazo más breve posible, que ya vendrán otros detrás.

En una entrevista que fue recogida en la contraportada de *El País*, Rosa López decía que era virgen, lo que fue escogido por el periódico para formar con grandes caracteres el titular. Una muchacha de un pueblo de Granada, desconocida y humilde, a quien su padre no dejó ir sola a Madrid a realizar las pruebas de selección, confesaba ante millones de personas lo que sólo unos meses antes seguramente no hubiera confesado sin pudor a su mejor amiga. No es sino una anécdota, pero la misma declaración y su carácter irreversible pueden darnos una idea del vacío que hay bajo el salto a la fama, y más cuando es sabido que muchos de los que ahora se aprovechan de las glorias de estos jóvenes artistas no dudarían ni un segundo en devorar su cadáver.

Juan Bosco Castilla